UNA ANTOLOGIA DE LEOPOLDO DE LUIS

Por Rafael MORALES

DE las dos orientaciones que adoptó la nueva poesía española en su vuelta al sentimiento y a lo humano —neorrenacentismo y neorromanticismo—, allá en los años cuarenta, encarnadas respectivamente por la revista «Garcilaso» y por los primeros poetas de «Adonais» —éstos con la secuela tremendista de la revista «Espadaña», de León—, el muy auténtico poeta que es Leopoldo de Luis eligió, por temperamento y sensibilidad, la segunda de ellas. El, José Luis Cano, Carlos Bousoño, Concha Zardoya —a quien se olvida más de lo disculpable—, Ricardo Molina, Susana March, José Hierro, José Luis Hidalgo, Vicente Gaos, Eugenio de Nora, Victoriano Crémer, José María Valverde, Alvarez Ortega y Blas de Otero —éste ya cerrando la década— y pocos más fueron los creadores de la gran transformación que supuso tal neorromanticismo, a veces muy entrañado en los poetas del Barroco, Lope y Quevedo sobre todo. Fue un profundo cambio, que incluso operó sobre los poetas anteriores y que cuando se estudie con la debida objetividad y detenimiento dará a conocer la gran significación de un tiempo poético, en el que no se podrá soslayar el nombre, muy representativo, de Leopoldo de Luis.

Este neorromanticismo de Leopoldo de Luis se aprecia ya desde su primer libro, «Alba del hijo» (1946), del que, por creerlo superado, sólo ha incluído un poema en «Poesía 1946-1968», antología de su obra que motiva el presente comentario. Pero no importa tan escasa muestra para que en el repaso que hoy hacemos del quehacer poético de nuestro admirado Leopoldo de Luis podamos observar cómo ya en dicho poema —el del padre que espera un hijo— se dan algunos rasgos neorrománticos caracterizadores, rasgos que su prologuista, Ramón de Garcíasol, circunscribe agudamente a toda la obra del poeta, si bien limitándolos a «los hirvientes materiales románticos que trabaja», pero que hay que señalar también en la actitud sentimental y, en algunos casos, en lo que yo llamo los elementos externoformales del poema, como vemos, por ejemplo, en este inicial que decimos, destacados sobre todo en la vuelta a la anchura caudalosa del verso alejandrino, cuyo fluvial rumor había dejado de oirse en la poesía española desde los últimos románticos, quiero decir desde los modernistas. He aquí, como ejemplo, los dos cuartetos serventesios con que acaba el poema: «¿Cómo llamarte ahora que eres sólo una sombra, / un suspiro de vida interna, imperceptible? / ¿Cómo llamarte si eres lo que sólo se nombra / con íntimas palabras de lenguaje indecible? / Huella de amor en prados de escondida ternura, / en ocultos jardines donde empieza la vida. / Mi corazón vestido con su emoción más pura —sombra, temblor o hijo— te da su bienvenida».

Tal actitud romántica se acusa en la melancolía de «Huésped de un tiempo sombrío» (1948), con sus tonos apagados y sus cenizas otoñales: «La tarde es una rosa vagamente / en la rama desnuda del ocaso. / Una rosa ceniza, como un frío / beso crecido en unos labios»; o en «Los imposibles pájaros» (1949), donde no faltan incluso nobles resonancias de una sensibilidad becqueriana: «... El viento triste / que viene de las cumbres del olvido / pasa y arranca, hecho canciones, / un dolor muy antiguo»; o en «Elegía en otoño» (1952), con su amargo dolor ante el tiempo que nos va gastando con laxtitudes otoñales: «Si de repente nos volvemos / hacia nosotros, ya no estamos. / Somos perpetua y triste huída / en el tiempo, sobre los años»; o en «El árbol y otros poemas» (1954), donde leemos las sensitivas estrofas de «La caja de música» o esta otra de «Los caballitos»: «Vivir es este eterno juego triste / de una dulce y tristísima madera / sobre la que corremos viejos círculos / de cansancio y de pena»; o en «El extraño» (1955), donde se halla el bello poema «La señal» y otros de indudable interés, entre los que se anticipa el futuro Leopoldo de Luis más vinculado a las realidades cotidianas e inmediatas, casi al borde ya del poeta nunista, como diría Guillermo de Torre, de acuerdo con el grequismo empleado por Pierre Albert-Birot en su revista «Sic» (1917), y con la intención de hallar un término adecuado para calificar a la poesía «libre de acento tendencioso, pero claramente centrada en los motivos más urgentes del tiempo».

Sobre estos momentos más urgentes del tiempo que vivimos, o simplemente más cotidianos, más de la sencilla vida de cada día, familiar o social, con sus virtudes y sus defectos, se centran los tres últimos libros publicados de Leopoldo de Luis: «Teatro real» (1957), «Juego limpio» (1961) y «La luz a nuestro lado» (1964), su poesía nunista, que no propiamente social, si aceptamos el término que Torre, dado el rigor de sus precisiones, ha intentado poner en circulación entre nosotros, aunque haya sido con escaso eco. Quizá sean —y yo, a lo menos, así lo creo— los tres más importantes del poeta, y, de disponer de espacio, nos gustaría extendernos en su comentario, así como en el de los poemas de otros libros aún inéditos que se incluyen en esta atrayente y extensa antología. Generalizando forzosamente, hemos de señalar cómo en ellos, al primitivo fondo neorromántico se une ahora la preocupación comunicativa y fraterna de este buen poeta, de este hombre bueno que es Leopoldo de Luis, dando entrada a la vez a los elementos más sencillos, más humildes del diario acontecer humano, sin que le falte el eco de un Calderón o de un Quevedo.

La antología, además del citado prólogo de Garcíasol, lleva semblanza del poeta que Vicente Aleixandre incluye en su libro «Los encuentros».

LEOPOLDO DE LUIS. — «Poesía. 1946-1968». Plaza y Janés, S. A. Editores. Barcelona, 1968.